

EL PROBLEMA DE CACHEMIRA

Después de diez días de enfermedad crónica, el quiste geográfico de Cachemira ha entrado en un período de actividad aguda que puede arrastrar a consecuencias de extrema gravedad para la seguridad del mundo, por la demostración de ineficacia de los recursos en que había confiado la farmacopea de las Naciones Unidas.

Ya bajo la influencia inglesa, el nacionalismo indio de Nueva Delhi adoptó una ideología, irónicamente llamada democrática, como fórmula que servía para que un grupo político gobernase sobre otras minorías musulmanas, juzgadas verdaderamente como extrañas, por su cultura, su herencia y sus tradiciones.

A partir de 1935 la oposición fué tan viva, que la ocasión de la Segunda Guerra Mundial no hizo más que retardar la explosión, y la fricción llegó a producirse definitivamente en 1947, cuando el último virrey, lord Mountbaten, planeo la división geográfica en dos Estados.

En el mosaico racial y babélico de los pueblos y tribus de la vieja India, sólo el argumento religioso podía servir de índice separador, y con este criterio surgieron a la vida independiente, la Unión India y el Estado Islámico del Pakistán; obra el último, de Mohamed Al Yinnan, que recogía las ideas políticas del poeta musulmán Iqball.

La ejecución de la idea resultaba bastante más difícil que la concepción del proyecto, por la complejidad de credos y políticas; en términos generales —musulmanes de un lado y brahamánicos y budistas de otro—, constituían dos grandes núcleos; pero como enclaves en ambiente extraño surgieron los problemas de los Principados de Cachemira, Haiderabad y Yunabad. Los dos últimos, con mayoría de población hindú, estaban regidos por Nizam musulmanes; en esta discrepancia entre Príncipe y súbditos, el Nehru impuso el criterio de la masa, incorporándolos a su gobierno, pero al llevar este mismo criterio al alto valle de Cachemira, de gentes islámicas y Nabab hindú, se quiso imponer la voluntad de este último, contraria al deseo de más de tres millones de súbditos.

La inconsecuencia del que luego sería el apóstol del neutralismo, de la pacificación y la coexistencia, ya se manifestó en lo acomodaticio de su postura. Van a cumplirse dos lustros del momento en que, bajo pretexto de la resistencia de que a la voluntad del Nabab mostraban las tribus montañosas, fuerzas indias entraban en el territorio, y otras pakistaníes lo hacían por el valle del indo, manteniendo durante quince meses una lucha que degeneró, como en tantas otras situaciones paralelas de Indochina, Corea, Palestina, Trieste, en los eternos armisticios de los países partidos.

El Consejo de Seguridad decidió en 1951 la celebración de un plebiscito, pero aún no ha sido capaz de imponerlo; y cuando a principio del año actual, el Pakistán solicitaba la reunión del Consejo, para recabar una solución frente a la anexión anunciada de parte india; el día 25 de enero, por 10 votos y una abstención de Rusia, se confirmaba el acuerdo de 1951, pero sin definir las medidas ejecutivas que las circunstancias requerían en el caso de ser desoída la determinación de las Naciones Unidas.

Y en este trance, el 26 de enero, el pacifista máximo, el mismo de Pan-Mun-Jon, Israel y Suez; el defensor de los cinco puntos de la coexistencia, se conducía con el máximo imperialismo del momento, decretando una anexión territorial, que no se atenúa por razones económicas —ya que Cachemira no es básica, comparando sus recursos con los de la India—; ni mucho menos por pretextos de seguridad, como en último extremo se ha querido aducir atribuyendo al Pakistán una actitud agresiva que no ha manifestado en ningún momento.

En el caso del Pakistán, la aceptación reiterada de este país a las sucesivas fórmulas estudiadas por la O. N. U., sin que ninguna haya satisfecho al Gobierno de Nueva Delhi, demuestran bien claramente el temor de la India a someterse al juicio de un plebiscito que saben ha de resultar adverso, porque el sentir de la mayor parte de las gentes de Cachemira es suficientemente conocido, dada la formación religiosa islámica del 77 por 100, reflejada en su oposición política, que ha obligado a la India a mantener permanentemente fuerzas regulares, que sus políticos han reconocido en número mínimo de tres Divisiones; no todas para guardar la línea del armisticio, sino para imponer la voluntad a los súbditos de Jamur y Sirinagar, donde la reacción contra Mahemd Abdullad —que había servido de instrumento a la política india y fué luego eliminado al insinuar tendencias hacia la tercera postura de Ca-

chemira Libre—, comprueba los procedimientos soviéticos de los nuevos indios.

En contraste con esta actitud intransigente de los indios, que parecen buscar la discrepancia, como recurso que evite las soluciones, el Gobierno de Karachi se atempera y subordina siempre al Consejo de Seguridad, reiterando su ofrecimiento de evacuación, si son relevados por fuerzas de la O. N. U. que garanticen libremente el deseado armisticio; contingencia de la que nada quiere saber el supervisor del Canal de Suez, que antes brindó sus tropas a la Policía Internacional... ¡pero en otros espacios donde no se jueguen sus propios intereses!

Políticamente la tesis del Pandit Nehru es débil, y estratégicamente es aún más equívoca. Se arguye con la peligrosa geografía de las rutas de invasión, pero el alto valle de Cachemira no conduce tácticamente a ninguna frontera india. Sus 220.000 kilómetros cuadrados constituyen la cuenca alta de los cursos de agua Indo y Jhelum, que en su marcha hacia el Oeste corren plenamente por el Pakistán, no hacia la India.

En contraste con esa cerrada disposición geográfica mirando a la India, la peligrosidad se ofrecería para Pakistán, de hallarse el valle en manos enemigas, porque si bien los pasos son difíciles entre grandes alturas, el curso del Indo es un camino hacia todo su territorio, que, además, se prolonga en dirección Oeste-Este, por la vieja ruta de caravanas del Indo al Tibet.

De imaginar alguna amenaza para la India, habría que buscarla con más verosimilitud, procedente del N.-E. chino, y algo apunta a favor de esta hipótesis, ciertas noticias de hace algo más de un año, que referían el caso de tropas chinas que habían penetrado en territorio indio por la frontera del Tibet, en la ribera Hotii, obligando al Gobierno de Nueva Delhi a enviar fuerzas para restablecer la situación. Después, para evitar complicaciones y suspicacias, por un hecho que atentaba al acuerdo coexistente con Pekin, se soslayó el incidente atribuyéndolo a error de situación; pero en todo caso el hecho demostraba la posibilidad táctica de la invasión, lo que difícilmente podría darse desde la raya de Cachemira. Para cruzar hacia la India, partiendo del Oeste, es preciso adentrarse mucho más al Sur, arrancando de la frontera afgana en el paso de Peshavar; allí viven las tribus de los pactanes, contra los que tanto lucharon en el siglo pasado los destacamentos ingleses; son de carácter indómito y muy guerreros, y por ello han sido alentados por los enemigos de Karachi, con la intención de crear otro

vacío que dejara en manos adversarias los pasos de invasión; y gracias a esta maniobra —si prosperaba también la de Cachemira—, los pakistaníes quedarían totalmente a merced de sus vecinos del Norte y Noroeste.

Asociando esta relación geográfica con la apetencia de los poderes soviéticos, que tratan de asomarse al mar del Oriente Medio, ya sea a uno u otro lado de la Península arábiga, se comprende fácilmente a quién beneficia el planteamiento estratégico.

Para que no quepa duda de este supuesto, recordamos que en la primavera pasada unos 2.000 afganos cruzaron la frontera atacando un puesto, y aunque fueron rechazados, la concentración de 20.000 hombres armados del Pakistán, a unos 160 kilómetros de la frontera del Pakistán, denotaba su intención. Si a ello se une, que el Gobierno de Kabul, con pretexto de la ayuda económica de 100 millones de dólares, concretó un tratado de alianza con Moscú, y, por otra parte, el detalle del famoso discurso formulado hace un año en Sirinagar por Bulganin y Kruschchev, manifestándose francamente a favor de la anexión de Cachemira e incluso de la sucesión del Pactunistán, todo explica la posición india, de la que debería recordarse, que tan sólo unos días antes de la anexión, el 3 de enero, un comunicado sobre los acuerdos del Partido Político reunido en Indore, “reafirmaba la negativa de la India a la adhesión de cualquiera de los bloques: su fe en los principios de la coexistencia, su condena de los pactos, así como el recurso de la fuerza”.

No pueden existir dudas sobre el carácter agresivo e imperialista de la acción llevada a cabo por los indios; y respecto al futuro, otras circunstancias lo agravan. Si comparamos las fuerzas en presencia, unos 250.000 soldados constituyen el ejército del Pakistán, que si bien tiene algún armamento americano, no ha sido dotado con la riqueza y amplitud que han logrado para sus adversarios las compras de Krisna Menon durante su embajada en Moscú; se enfrentarían a casi 700.000 soldados de la India distribuidos en 375.000 del ejército regular, 150.000 territoriales y 175.000 de la policía. La proporción, casi de tres a uno, aumentaría rápidamente con la movilización de efectivos, porque en el Pakistán existen zonas con tribus que, por su débil constitución física, están excluidas del servicio militar, y si bien las tribus del Noroeste son, por contraste, muy combativas y de gran estatura, así como las del Penjab, que formaban el núcleo de las Divisiones hindús del Ejército

británico, el balance sería muy desfavorable para Pakistán, por la diferencia del potencial básico humano, 70 millones frente a 350; y la comparación aún resulta más desfavorable en el cálculo de recursos y potenciales energéticos.

En esta situación, si la India estaba resuelta a la adopción de extremas medidas bélicas, no hubiera necesitado esperar más de nueve años para decidir la anexión de Cachemira por la fuerza. Hubo incluso otros momentos en que militarmente la situación pudo considerarse más propicia, cuando el Pakistán se encontraba absorbido por sus obligaciones del Pacto de Bagdad, en instantes críticos del Oriente Próximo.

Creemos que otros argumentos han determinado la reactividad de los acontecimientos de Cachemira, y resulta bastante significativo el contraste cronológico de los últimos viajes políticos. El día 14 de enero, el presidente sirio—el más rusófilo de los países árabes—no llegaba a ningún acuerdo con el Gobierno de Karachi; pero el día 17 prolongaba su viaje a Nueva Delhi, como si pretendiera con ello compensar sus fracasos en Irak y Pakistán. Entre esas dos fechas, el 16, el ministro del Pakistán reclamaba con urgencia determinaciones del Consejo de Seguridad, y Krisna Menon daba largas, el mismo día 24, en que Chu En Lai y el mariscal Zukov llegaban a la India. Al siguiente, 25, el Consejo ratificaba las decisiones sobre el plebiscito acordadas en 1951, y como reacción, a las veinticuatro horas, Nehru, con el asentimiento que supone la presencia en el país de representantes ruso-chinos, daba el golpe de Cachemira, alegando que sólo significaba la afirmación de un hecho consumado con anterioridad, en la repartición del territorio por el “alto el fuego”; división que poco o nada vale a Pakistán, que ocupa lo más pobre, despoblado y montañoso de la región, mientras los hindús dominan en la zona más rica y habitada.

La maniobra resulta una verdadera carrera contra el calendario que denuncia ciertas medidas políticas que tratan de envolver sucesivamente a las de su antagonista.

Si el acto de Cachemira no se consumó antes, creemos se debe a la confianza en el logro de sus propósitos por vía coexistencialista, que iba minando a todo el Oriente, y se acusa en alto grado en algunos sectores de la misma Cachemira, como denuncia la complacencia hacia la Unión Soviética la designación Roja de la plaza más importante de Sirinagar.

El motor de la actual reacción india parece ser la definición de Eisenhower sobre su “doctrina oriental”, y tal vez haya sido móvil que

MIGUEL CUARTERO

inspira esa postura una especie de sondeo para conocer el grado de firmeza en las decisiones del Consejo de Seguridad, y hasta qué punto están dispuestas a adoptar medidas coactivas a cargo de su Policía Internacional.

MIGUEL CUARTERO .

III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

